

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO III.—NÚM. 50.

ADMINISTRACION:
SAN OPROPIO, 7.—MADRID

15 de Julio 1900

SUMARIO

SOCIOLOGIA: *La evolución de la Filosofía en España*, por Federico Urales.—*La anarquía: su fin y sus medios*, por Juan Grave.
CIENCIA Y ARTE: *Fisiología*, por el Dr. Fernando Lagrange.—*Crónica científica*, por Tarrida del Mármol.—*Crónica artística*, por Pedro Corominas.—*Marido y mujer*, novela, por León Tolstói.
SECCION LIBRE: *¿Qué es propiedad?*, por Donato Luben.—*Sobre el matrimonio*, por Severino.
TRIBUNA DEL OBRERO: *La explotación*, por Andrés Solana.

SOCIOLOGÍA

LA EVOLUCIÓN DE LA FILOSOFÍA EN ESPAÑA

I

De la España primitiva al Cristianismo.

España en nada se distingue de las demás naciones.—Influencia de razas.—No existe el tipo ibero puro.—La obra de las razas invasoras.—Sin filosofía española.—La civilización y el cruzamiento de razas.—La unificación de la raza humana.—Las conquistas modernas.—Su objetivo fisiológico.—La España conquistadora.—El tipo evolutivo.—Influencia del ideal.—Los españoles conocen el cristianismo por medio de una invasión extranjera.—España no existía para la filosofía antigua.—Las religiones positivas y las naturales.—Su distintivo.—Cuándo una religión se convierte en comercio.—Perversión del ideal.—El sacerdocio y la retórica.—El que cultiva su popularidad es un tirano.—Analogía de las religiones.—El cristianismo evolución del paganismo.

La nación española es singular porque la han constituido elementos diversos; pero, á pesar de su origen heterogéneo, no se distingue por hechos maravillosos ni por una decadencia desacostumbrada en la evolución de los pueblos.

Como los otros países de la tierra, España ha obedecido á la ley fisiológica y evolutiva á que obedece todo organismo: á la de nacer, desarrollarse y morir. Es este el principio, medio y fin de los hombres, de los pueblos y de los mundos.

Las ciudades que fueron grandes, como Babilonia, y las naciones que fueron reinas, como Grecia, nos demuestran lo que serán las capitales que actualmente se disputan el poderío material é intelectual del planeta.

Los Estados presentes han pasado, pasan ó pasarán por los mismos períodos de florecimiento y de decadencia que recorrieron los antiguos; y España, que no es mejor ni peor que otros pueblos, no puede sustraerse á esta regla.

La península Ibérica ha representado su papel en la historia humana, y, salvo la influencia del clima, muy debilitada por la acción de las razas del Norte que aquí han tenido su asiento, España es como las otras naciones, ó no se diferencia tanto de las que hoy, por una reminiscencia de la animalidad del hombre se disputan la superioridad de raza, que merezca el olvido de los hombres.

La decadencia de España, como todas las decadencias, es un accidente orgánico que, con el tiempo, se traduce en accidente histórico, sin que altere el modo de ser de los españoles individualmente, ó sin que la decadencia de la nación signifique la imposibilidad de que ninguno de sus habitantes iguale en talento ó en actividad á los hombres de otros países.

Por otra parte, España, en sentido fisiológico, es una nación forzada, como empiezan á serlo las naciones del centro de Europa. Necesita reponer sus fuerzas orgánicas, para emprender de nuevo la marcha de la evolución.

*
* *

Hoy día el suelo español cuenta tantos tipos como regiones, y tantos caracteres como razas é individuos se mezclaran en ellas ó fueron susceptibles de subdividirse.

Haciendo caso omiso de las razones más ó menos científicas que abonan la existencia de la antigua Atlántida, en la cual algunos antropólogos ven ya un camino para la invasión de este país y su mezcla con las razas del Norte, antes, mucho antes de la existencia del tipo comúnmente llamado ibero, indígena ó autóctono, hemos de reconocer en nosotros, los españoles, la misma influencia de razas y de pueblos distintos que dentro de algunos siglos ejercerán en América todas las razas del mundo juntas, las cuales acabarán por la fuerza, por el cruce ó por ley natural (1) con el elemento indígena.

Ninguno de los actuales tipos de España puede considerarse ibero.

Cuando España descubrió la América y parte de la Oceanía, con Colón y Magallanes iba la sangre de los pueblos antiguos que constituyeron las civilizaciones asiática, africana y europea. Los celtas, los fenicios, los cartagineses, los griegos y los romanos, que nos invadieron, eran ya pueblos invadidos por tribus nómadas asiáticas, ó por pueblos que otros más fuertes arrojaron á lejanas tierras.

Los vándalos, suevos, godos y alanos que les siguieron en el orden de los invasores, habían sufrido la influencia y la invasión, unos, de los reyes y de los guerreros de Macedonia; otros, de Persia, algunos de Grecia y los demás de Roma, causa principal de la invasión de los llamados bárbaros del Norte. Después vinieron los moros, oriundos de unos guerreros que habían invadido el Cáucaso y la parte septentrional del Asia, los cuales sólo tenían de africanos algunos siglos, y hasta los había que algunos años. Y á este entrecruzamiento indefinido hemos de añadir á los vascones, á los bohemios, á las tribus de gitanos y á los judíos.

¿Se puede considerar españoles á los españoles? ¿Se les puede atribuir un espíritu simple, indígena, ni meridional siquiera? Del Norte vinieron los celtas; habían pisado el Cáucaso casi todos los pueblos asiáticos que les siguieron; los bárbaros descendían de países que hoy forman Alemania; la raza que nos invadió por Gibraltar, no sólo era conquistadora en Africa, lo era también en la parte meridional del Asia, de donde entonces procedía.

El poderío de España no fué, pues, la obra de un clima ni de una raza especial, sino de varios climas y de varias razas.

La decadencia de España tampoco puede ser la de un pueblo ni de un suelo, sino la de una casta en cuya constitución entraron infinidad de razas y de pueblos, sin que

(1) La que acaba con los débiles de organismo sin intervención de poder social alguno.

intentemos negar que esa decadencia ha sido y es más acentuada en aquellas regiones que fueron largo tiempo dominadas por el invasor más meridional.

*
* *

Al hablar del pensamiento español, no podemos hacerlo de una manera absoluta, por la narración que precede, y, además, porque no hay verdadera y genuina filosofía española.

Ella se ha constituido de varios elementos étnicos. La filosofía, en nuestro país, ha sido siempre una planta intelectual transportada de otras regiones desde el principio de la escolástica (antes de los llamados Santos Padres no hubo filosofía en España), hasta las postrimerías del positivismo *filosófico*.

Conviene determinar, antes de meternos en el principal objetivo de nuestro trabajo, la relación que existe entre las civilizaciones florecientes y el cruzamiento de razas.

Un célebre antropólogo italiano ha dicho que el esplendor supremo de la humanidad coincidirá con la unión y unidad de todas las razas que la componen; que los cruzamientos han servido para formar razas superiores, y que todos los pueblos grandes fueron antes objeto de rapiñas y de invasiones.

La historia humana nos enseña que las ciudades más ilustres de la antigüedad debieron su origen á pueblos invasores ó á pueblos fugitivos, convertidos en invasores por el instinto de la vida, que les hacía huir de su habitual región para hacerse dueños de otra.

Para comprobar nuestro aserto no es menester darse á hondas investigaciones. Basta leer la vida de una capital célebre cualquiera, durante la cual habrá sufrido una serie de conquistas y de dominios diferentes, fisiológicamente convertidos en renovación de sangre y mezcla de caracteres, que han servido á maravilla para la vitalidad y el engrandecimiento de la raza, como las grandes ráfagas y las grandes tormentas sirven perfectamente para el engrandecimiento, vitalidad y variedad de la flora.

Para la historia del porvenir bien puede afirmarse que el *objetivo inconsciente* que antes realizaba el afán de mando, de poder, la guerra, lo realiza hoy esta nueva fase del mando y del poder: la riqueza convertida en signos.

*
* *

Cuando teóricamente pudimos dar por concluidas las conquistas por medio de las armas, pudimos dar por empezadas las conquistas por medio del comercio.

Aparentemente las modernas invasiones son distintas de las antiguas; pero en realidad tienen el mismo móvil: el afán de poder, y hasta la misma misión humana: la unidad de raza, de que nos habla el antropólogo.

Lo que antiguamente realizaban las compañías de soldados, realizan hoy las compañías de trabajadores; aquéllas, mandadas por capitanes; éstas, por capitalistas.

Para dar salida á los productos fabriles ó agrícolas se dominan más pueblos hoy que se dominaban antes para convertirlos á tal ó cual religión, ó para sujetarlos al vasallaje de una patria mil veces maldita.

En nuestros días el pobre no va á América con un mosquete al hombro ó con una lanza en la mano; va con una espuerta llena de herramientas; pero en cuanto llega allí es el soldado de antes y el hombre de antes: acrecienta el poderío de su jefe y la

unidad de la raza. Los dueños del mundo se llamaban un día reyes, duques, condes ó marqueses, en cuanto se hacían temer por su golpe de lanza ó por su hueste aguerrida; hoy los señores del mundo se llaman banqueros, tanto más temibles cuanto más millones manejan; pero el pobre continúa teniendo amo.

La explotación capitalista ha hecho emigrar más gente que las guerras de conquista. La generalidad de la raza humana, que iniciara las conquistas á mano armada, continúa por la competencia social, y es fácil que halle su término en la competencia científica, iniciada como un nuevo adelanto y un medio de unir y unificar á los hombres en las sociedades venideras. En el apogeo de las invasiones guerreras empezaron las mercantiles, y en el período más floreciente de estas invasiones principian las científicas.

Cuando España dejó de ser dominada é invadida, tuvo energías suficientes para dominar é invadir; y es cosa peregrina verla inaugurar una política de conquista en el mismo reinado que dejó de ser conquistada. De las invasiones españolas fueron víctimas pueblos hasta entonces ignorados. Al cabo de quinientos años de ser conquistados estos pueblos recién nacidos á la luz de la Europa civilizada, podemos verlos convertidos en conquistadores de una conquista más humana que otra, si se quiere, pero que, como las demás conquistas, denota plétora de vida y hasta, como las demás, no representa el despertar de una raza pura, sino el de un sin fin de invasiones y de entrecruzamientos; pues los Estados Unidos del Norte, que es, por ahora, el pueblo conquistador de América, está formado de varios tipos europeos y de no pocos americanos, como la España conquistadora no era un pueblo indígena ni una raza pura, sino la resultante de cien pueblos y de mil cruzamientos.

Todo hace suponer, pues, que la humanidad está mejor dispuesta para las grandes conquistas y las grandes empresas, á medida que de la unión de varias razas surge una casta nueva. Con el cruzamiento, el tipo se unifica, las razas viejas desaparecen; de ellas se forman caracteres nuevos, y el hombre es más fuerte y más apto para luchar, y lucha hasta que este nuevo tipo, confundido y mezclado con otro, constituye una nueva casta, más capaz y más fuerte que todas, y así siempre hasta llegar á la unidad anunciada.

FEDERICO URALES.

(Continuará este capítulo.)

LA ANARQUÍA

SU FIN Y SUS MEDIOS

OBRAR Y DISCUTIR

Continuación de la teoría burguesa.—En la sociedad actual no se puede gozar sino en detrimento de los demás.—Falta de criterio.—Necesidad del ideal.—Cambio de frente de los quesdistas.—Principio del programa minimum.—Mezclados en la política.—Una anécdota.—Nuestro punto de vista.—Utilidad actual de las Cámaras sindicales.—El asunto Dreyfus.—Impaciencia en obrar y falta de concepción sobre los actos.—Cómo debe hacerse la propaganda.—Las ideas se transforman evolucionando.—El ideal en la actualidad.

Cada vez que se pasa de la teoría á la práctica, las gentes que sienten la necesidad de distinguirse y de discutirlo todo, hablan hasta por los codos, como vulgarmente se

dice, sobre cualquier asunto, por insignificante que sea. Esto resulta muy útil cuando aclara la cuestión; pero perfectamente inútil cuando la enreda.

Cuando esta monomanía resulta peligrosa, es en períodos como el presente, que por efecto de la relajación moral que á todos nos corrompe, la mayor parte de los individuos no sienten necesidad de moverse, y las injusticias más grandes les deja tan frescos, como si nada ocurriera. Las corrupciones más repugnantes y los atentados contra la autonomía del individuo, consignada en las leyes, van tomando carta de naturaleza en los Códigos y en las costumbres, sin que esto arranque la más insignificante protesta.

Y cualquiera que sea la energía de un partido, no puede librarse de la influencia de esta atmósfera de debilidad, en la cual se ve obligado á vivir.

Bajo la influencia de la evolución de las ideas que tienden á ensancharse y traducirse en hechos, los anarquistas quisieran obrar, pero les es imposible, porque sufren, como los demás, la general apatía. Minados al mismo tiempo por esa propaganda de que yo hablaba en el capítulo precedente, que dice «que siendo la finalidad del individuo el gozar, es preciso que cada cual, hasta en la sociedad presente, procure gozar cuanto le sea posible; que el sacrificio no es más que un señuelo, y que sólo cuando todos queramos nuestra parte de felicidad, podrá efectuarse la transformación social», los individuos no saben á qué atenerse.

Presentado de cierto modo ese argumento, parece lógico hasta el punto de poder engañar á los más inclinados al goce y menos á los sacrificios.

Desgraciadamente vivimos en la sociedad burguesa, que si predica á los hombres teorías de pobreza, caridad y abnegación á favor del bien general, no se basa más que en un individualismo estrecho y feroz, poniendo en lucha directa, ó indirecta, con sus necesidades, y reservando sus goces y alegrías á los más astutos, atrevidos y rapaces.

La teoría de gozar por todo, sobre todo y á pesar de todo, sería la teoría burguesa por excelencia, despojándola de la hipocresía gazmoña con que algunos se cubren.

Tan extraño modo de razonar ha sido la causa de que hayan aparecido entre los anarquistas individuos que de todo tienen menos de ácratas, y que, bajo la capa de las ideas cubren, ó pretenden cubrir, el cieno social de vulgaridades y encanallamientos, que son el fondo de su esencia moral.

*
* *

La conquista de su propia felicidad es la suprema aspiración de todos los seres. Esto es una verdad incontestable; pero como la sociedad está mal constituida, ocurre que nadie puede gozar si no es en detrimento de otro, y cuando se tiene conciencia social de la justicia, el hombre siente que su felicidad no es completa, que sus egoísmos son ruines instintos de perversión, y la necesidad de cambiar lo existente debe ser su único objetivo.

Ya en este terreno es preciso que luche, y la lucha sin sacrificios es cosa que no se concibe.

He ahí cómo cuando no se tienen en cuenta ciertas contingencias, se llega á un axioma falso, partiendo de un hecho verdadero.

Tenemos derecho á desarrollar, integralmente, todo nuestro ser; á satisfacer todas nuestras necesidades; es un derecho innato que traemos con nosotros al nacer, con las fuerzas virtuales que, desarrollándose, podremos establecer un día para todos los seres por igual.

Si la sociedad estuviese organizada de un modo racional y equitativo, tendríamos todos los medios necesarios para ejercer este derecho sin perjudicar á un segundo. Pero como es al contrario, como está anormalmente constituida, no podemos ejercer nuestro derecho sino oprimiendo á otros, y se trata de saber si nosotros pretendemos ejercerlo en toda su magnitud ó si pretendemos adquirir la posibilidad de ejercerlo con justicia.

En esto consiste, precisamente, la diferencia entre los que aceptan la sociedad tal cual es, y los que quieren transformarla para hallar en ella las condiciones normales de la vida.

Si, á pesar de todo, se quiere gozar y nada más, sin obligarse á ningún sacrificio, hacen muy bien, cada cual es dueño de elegir el camino que crea más corto para llegar á su emancipación personal; pero en este caso que no se tenga la pretensión de decorar su conducta con altruismos y nobles apariencias de reivindicación social, y que se tenga la valentía de confesar con franqueza que de lo que se trata es de vivir bien sin reparar en los medios. Como la teoría de gozar es genuinamente burguesa, los que quieren practicarla deben quedarse con la burguesía; pero si se quiere conquistar el derecho á disponer de sí mismo y la posibilidad de engrandecer nuestras facultades, sin lesionar las de nadie, es preciso que salgamos de la sociedad actual, y por ello debemos combatirla con inteligencia y brío, lo cual no se hace gozando, sino luchando, sufriendo é imponiéndose los sacrificios que exigen las circunstancias y las alternativas de la lucha.

Esto que es lógico, muy lógico, á nuestro entender, nos demuestra que estamos lejos del derecho á gozar en todo y por todo.

*
* *

Hay también el desaliento de los que, entusiasmados del ideal anarquista, se imaginan que su realización es inmediata, y luego, defraudadas sus esperanzas y su ilusión perdida, se desmayan al ver la distancia que de él nos separa y el largo período de evolución que hemos de hacer antes de llegar al término de nuestra jornada social.

Existen, además, los partidarios de lo absoluto, que cuando se les presenta la ocasión de obrar, no quieren mezclarse en la lucha, so pretexto de que tal procedimiento está en pugna con la integridad de nuestro programa.

Nuestra opinión ha sido siempre la de que los anarquistas, en todos sus actos, deben inspirarse en sus principios; pero es necesario no olvidar, al mismo tiempo, que sólo las abstracciones son absolutas, y que, aun habiendo colocado nuestro ideal en una sociedad mejor, vivimos en la actualidad, y defendiéndonos á nosotros mismos, nos vemos obligados á poner en juego ciertos recursos, teniendo en cuenta las relatividades que nos crea el simple hecho de vivir en un estado social que no es el nuestro.

Como lo absoluto no existe, no nos queda otro remedio que contentarnos con lo relativo. Se trata, pues, de averiguar, hasta qué punto los actos están relacionados con nuestro ideal, y cuándo son una negación ó una cobardía.

Ya en este terreno falta criterio; el punto de partida depende de la buena ó mala lógica de cada cual. Unos no llegan hasta el punto que el ideal admite, y otros van más allá. El mal, ni en uno ni en otro caso no sería grande, si se tomara como punto de partida el ideal completo. La concepción anarquista, clara y concisa, debe quedar

á nuestra vista, para que nos sirva de punto de comparación y sepamos cuándo nos excedemos y nos alejamos por consecuencia del ideal.

Sí, es preciso, antes que todo, no lanzarse ciegamente á las manifestaciones de la lucha diaria para ahogarse en la insignificancia de los detalles, es decir, que so pretexto de cultivar el lado práctico de la lucha, no debe abandonarse el ideal para colocarse en el terreno resbaladizo de las reformas.

Hay manifestaciones en estas luchas cotidianas, que son como los terrenos pantanosos, en donde no deben ponerse los pies sino con mucho cuidado; pero de los que, si no se quiere perecer, es preciso salir á todo trance, si acaso se ha caído en ellos por equivocación.

Tomando parte activa en una iniciativa cualquiera de la lucha, si no se es muy inteligente, se concluye por tomar como finalidad suprema lo que no es más que una de las muchas partes en que la lucha está subdividida, olvidando que si se ha tomado parte en aquella lucha parcial, no era en un principio sino como medio de llegar á la finalidad perseguida. La necesidad de salir triunfante de las empresas que se acometen, suele, con frecuencia, absorber todas las facultades, y hace confundir el fin con los medios.

*
* *

Como ejemplo, y bien elocuente, citaré el caso de los colectivistas, que fueron revolucionarios en otro tiempo, y actualmente están muy lejos de serlo, por más que ellos crean lo contrario. Yo recuerdo que cuando entré en lucha contra la sociedad presente, estaba con los socialistas, y su programa era absolutamente revolucionario. Escarnecían el parlamentarismo y afirmaban que éste no podía aportar ninguna mejora á la clase obrera y que «sólo la revolución podía abonar el terreno para la sociedad futura».

No obstante, no llegaban hasta declararse abstencionistas. Se reservaban el derecho de tomar parte en las elecciones; pero habían convenido en que jamás se mezclarían en los embrollos legislativos.

En el programa que redactaron Guesde, Deville, Labusquière, Marouck y algunos otros, cuando unos cuantos amigos organizamos el grupo de estudios en los distritos 5.º 13.º de París, estaba consignado el que sólo presentaríamos candidatos ficticios ó anticonstitucionales, con objeto de podernos contar los revolucionarios; pero que no enviaríamos jamás al Parlamento á ninguno de los nuestros, considerando que no era más que un medio para engañar al pueblo.

Aceptando el sufragio universal, aunque con la intención de contarse, era meter el dedo en el engranaje, para luego seguir la mano, el brazo y, más tarde, todo el cuerpo, como así ha sucedido, en efecto.

Guesde hizo un viaje á Londres; se marchó con nuestro programa revolucionario y se lo dejó olvidado allí, trayéndonos en cambio el famoso «programa minimum». Los candidatos ficticios fueron substituídos por candidatos de verdad ó verdaderos candidatos que, según nos dijeron, con el nuevo programa iban á hacer mucha agitación revolucionaria en las reuniones electorales primero, y más tarde, si era posible, en las Cortes.

«La revolución no se abandona» nos decían, contestando á nuestras objeciones, y en sus «considerandos» y discursos afirmaban que sólo por ella podríamos emanci-

parnos. El programa minimum y toda la mezcolanza de reformas radicales, no era sino un caballo de batalla para poder hablar á los electores con más libertad.

Esto era la teoría. En la práctica, cuando se vieron en medio de la lucha electoral, sus candidatos y comités olvidaron toda finalidad que no fuera la de salir triunfante frente á sus adversarios, é ir á bramar á la Cámara. Luego este programa les pareció demasiado revolucionario y le recortaron según sus nuevos gustos, añadiendo reformas más anodinas que, *naturalmente*, emancipaban también á la clase obrera. Aquellos «considerandos» de sus primeros manifiestos tan francamente revolucionarios, desaparecieron como pájaro que halla abierta su jaula.

En cambio de todo esto, descolgaron los bombos electorales y aporrearlos por todas partes fué desde entonces su solo objetivo. Más tarde hicieron alianzas con candidatos más moderados que ellos (al parecer), y no tardaron mucho en hacerlas hasta con los monárquicos de la peor calaña. Hoy esos seudorevolucionarios no son otra cosa que políticos vulgares.

¿No hemos visto en las últimas elecciones renegar Deville de todo su pasado revolucionario para sacar algunos votos más?

Y siempre, salvo los casos rarísimos de una voluntad tenaz, sucederá así á cuantos se mezclen seriamente en alguna tentativa de esa especie. El fin inmediatamente realizable les hará olvidar la finalidad más lejana, y siempre lo accesorio se convertirá en principal objetivo.

Esto me recuerda una conversación que tuve con Labusquière algunos días después de reaparecer por segunda vez *La Legalidad*.

Teniendo ya su periódico los jefes colectivistas, no se interesaban en nada de nuestro grupo de 5.º y 13.º distrito, al que antes no faltaban ni á una sola reunión. Yo iba todas las semanas á la imprenta de *La Legalidad*, y ayudaba á la expedición del número. Un día nos encontramos allí Labusquière y yo.

—¿Qué hay de nuevo—me dijo—en el grupo del 5.º y 13.º distrito?

—De nuevo, casi nada—le contesté—; sólo que nos hemos pronunciado definitivamente por la abstención.

—Habéis hecho mal.

—¿Por qué hemos hecho mal? ¿No reconocéis vosotros mismos que el parlamentarismo no puede producir nada bueno, y que mandar diputados al Parlamento es perder el tiempo en luchas estériles?

—Sí; pero con todo habéis hecho mal.

—No te comprendo; porque supongo que no será cosa de ir á las reuniones electorales y decir á los electores: El parlamentarismo no puede hacer nada para emanciparos; pero en la Cámara se ganan 25 pesetas diarias; haced esfuerzos sobrehumanos para sacarme diputado, y yo iré á cobrar esa pacotilla cotidiana.

—No es así precisamente como se debe hablar.

—Sí, pero eso es lo que quiere decir.

Labusquière dió media vuelta y se marchó.

* * *

De otra parte, so pretexto de no dejarnos arrastrar lejos de nuestro ideal, no debemos tampoco dejarnos caer en el exceso contrario y vivir en una inacción sistemática, encerrándonos en el círculo de nuestros principios.

Nuestro programa debe ser absolutamente intransigente; debemos eliminar de él

todo cuanto, so pretexto de ensancharlo, tiende, por el contrario, á cercenarlo. Debe estar exento de todo compromiso haciendo causa anarquista, mostrando siempre el fin que se persigue, sin ocuparnos de las risas estúpidas de los predicadores de reformas, negándonos á prestar nuestro concurso en sus luchas que, como hemos dicho, son actividades que parecen facilitar nuestra tarea de sembrar ideas; pero que lo único que hacen es ponernos en contradicción con la finalidad á que aspiramos.

El ideal anarquista es la brújula que debe servir para reconocernos en las ocasiones de lucha que nos ofrezcan las circunstancias, indicándonos lo que, sin tener una relación directa y absoluta con lo que deseamos, puede, no obstante, determinar una etapa, y lo que, con apariencias falaces de resultados inmediatos pueda alejarnos del objeto perseguido y del ideal que debemos propagar.

Así, por ejemplo, cuanto se hace á nuestro lado, responde á la necesidad de una parte de los individuos. ¿Por qué desdeñarlo cuando no responde íntegramente á nuestro programa, si tiene con él algún punto de contacto? ¿Por qué no aprovechar las ocasiones que los partidarios de estos medios de acción pueden ofrecernos para desarrollar nuestro ideal?

Que velemos para que estos procedimientos insuficientes no se introduzcan en nuestro programa, bueno; pero no impedir de que suministren á la actividad individual ocasiones para ejercitarse.

Me explicaré. Tomemos por ejemplo las sociedades de resistencia, tal cual están hoy constituidas. El espíritu que anima á la mayor parte de ellas es la mira estrecha de defender los salarios; el deseo que anima á algunos de sus inspiradores de transformarlas en sociedades cooperativas de producción, las coloca, es cierto, lejos de nuestras reivindicaciones.

Sin embargo, como interin nuestro ideal no se realice, los obreros necesitarán defender su salario, estas sociedades, ú otras análogas, son útiles como arma de defensa contra los patronos.

Esperando la desaparición del burgués y el asalariado, los trabajadores tienen necesidad de defenderse, hacer aumentar sus escasos salarios y luchar para obtener condiciones mejores en el trabajo. El error de algunos fué, y es, el de propagarlas como medio de redención social, cuando sólo son un mero paliativo; los mismos anarquistas incurrieron en este error al encomiarlas, afirmando que adelantaban la revolución.

Por nuestra parte, tanto en las sociedades de resistencia como en las cooperativas, no vemos más que un medio de ponernos en relación con el pueblo, á quien debemos propagar nuestros ideales.

La cuestión Dreyfus, por ejemplo, fué asunto que, al parecer, no tenía nada de común con la propaganda anarquista; sin embargo, cuando se demostró que ese burgués era la víctima de un *complot* de sus colegas, interesó á los anarquistas, porque en el asunto había una injusticia que combatir.

Algunos se negaron á tomar parte en la cuestión, diciendo que Dreyfus, oficial y burgués, no les interesaba nada; otros tomaron parte como verdaderos políticos; mientras que algunos intervinieron dando la nota anarquista.

De cualquier modo, esta cuestión, que parecía no tener nada que ver con nuestro ideal, nos ofreció un campo admirable de propaganda. Nosotros no sabemos aún el resultado (26 Marzo del 99); pero el ejército, la magistratura y el Parlamento, han recibido tan rudo golpe, que veinte años de propaganda no hubieran hecho más.

Nos dirán que tomar parte en estas cuestiones tal como indicamos es, sencillamen-

te, hacer distingos. Es verdad; pero según como uno se mezcla en el movimiento, decide el género de energías que ha de desplegar. Además, conviene saber si debemos mezclarnos en sus organizaciones para hacerlos triunfar en el orden de ideas que defienden, ó bien si nuestro solo objeto ha de ser hallar adherentes. Más adelante volveremos á ocuparnos de esta cuestión.

Por otra parte; ¿es que toda nuestra existencia en la sociedad no la pasamos estableciendo diferencias entre todo aquello que podemos adaptar á nuestras ideas y lo que no admite adaptación?

Y esto perdurará hasta el triunfo completo y definitivo de nuestro ideal.

*
* *

Hace mucho tiempo que se reprocha á los anarquistas y ellos mismos se lamentan de no hacer nada. Alguien les acusa de moverse mucho, pero sin cambiar de sitio.

Precisamente la idea de querer hacer algo, sea lo que fuere, ha inducido á algunos á retroceder en sus convicciones y entusiasmarse con la idea del *Pan gratuito*, la ley de las ocho horas, la fundación de cooperativas de consumo y otras frivolidades parecidas, que son el camino del parlamentarismo.

Se trata, pues, de demostrar, que sin ocuparnos de las reformas parlamentarias, no pueden faltarnos ocasiones para obrar, si sabemos oportunamente aprovecharlas cuando las circunstancias las presentan.

Pero lo que ciega á la mayoría es que quisieran resultados inmediatos, realizables de un día para el otro, por carecer de constancia y energía para trabajar en largas tareas.

Cuando un anarquista ingresa en un grupo cuyos miembros no piensan como él, quisiera que al día siguiente este grupo tuviera ya sus ideas, pensando y obrando como anarquista.

Que las sociedades de resistencia dejen de preocuparse de la cuestión de los salarios, para ocuparse de desposeer al patrón; que las huelgas tengan por objeto poner los talleres á disposición de los trabajadores; que las cooperativas destinen, inmediatamente, el dinero de sus cajas, al servicio de la propaganda seria. Este es el deseo de todo anarquista que entra á formar parte de estas agrupaciones. Pero es preciso no olvidar que las ideas adelantan con mucha lentitud, y que se necesita tiempo, abnegación y paciencia, para que penetren en la cabeza de los individuos.

Es preciso que nos persuadamos de que los resultados inmediatos no son siempre los mejores. Debemos acostumbrarnos á tomar el conjunto de las cosas para juzgarlas con conocimiento de causa y colocarlas en el puesto que les corresponda, y convencernos definitivamente de que nada se adquiere sin esfuerzo, y que cuando se trata de la propaganda de una idea, el tiempo no se debe contar. Nunca será razón para desechar un proyecto, el que su práctica exija mucho tiempo.

*
* *

Estamos convencidos, y esto lo hemos dicho ya muchas veces, de que jamás una idea triunfó en conjunto y de una sola vez, aunque así lo hayan concebido sus propagadores más entusiastas.

La multitud no puede comprender jamás la totalidad de un ideal. Unos adoptan una parte, á otros les seduce tal otra; éste añade, el otro resta, y sólo con el tiempo y

la entereza de los hombres abnegados, adelantan progresivamente, purificándose de las obscuridades de toda idea nueva.

Pero lo que es muy cierto para nosotros es que, cuanto más amplio, más activo y más intenso sea el movimiento de propaganda que se haga alrededor de un concepto, más probabilidades hay de que triunfe en el concierto de las ideas en lucha.

Aun siendo del ideal, preparándonos ó ya preparados para nuestra sociedad futura, debemos, por la acción, demostrar que somos los hombres de hoy; que el negarnos á tomar parte en combinaciones mezquinas, no es ni inercia ni impotencia, sino una concepción más amplia de las cosas, una lucha constante que nos perfeccione.

Debemos mantener inmaculado el ideal, tal como lo concebimos, sabiendo aprovechar, no obstante, las ocasiones en que podemos desarrollarlo sin empequeñecerlo. Sepamos hablar á quienes queramos convencer, no para confundirnos en la estrechez de sus puntos de vista, sino para elevarlos á nuestro nivel. Para esto necesitamos una voluntad tenaz, que no se detenga nunca ante las dificultades. Es preciso saber desplegar esfuerzos continuos para obtener resultados lejanos, saber desarrollar y engrandecer constantemente iniciativas en nuestros compañeros y en nosotros mismos.

Para el triunfo del ideal que defendemos necesitamos hombres abnegados capaces de seguir este programa.

JUAN GRAVE.

(Traducción de Antonio López.)

CIENCIA Y ARTE

FISIOLOGÍA

CAPÍTULO VII

EL RECARGO DE TRABAJO

El recargo de trabajo es la exageración de la fatiga. — Diversas formas del recargo de trabajo. El recargo sobreagudo; la muerte por sofocación. El recargo agudo. — Una caza á la carrera: el halali del corzo. El animal forzado; rapidez de la rigidez cadavérica; prontitud de la putrefacción. — Mecanismo de la muerte por recargo agudo. Auto intoxicación por los productos de desasimilación. Las materias extractivas. El ácido láctico. — Descubrimientos de M. Gautier; los venenos del organismo vivo; las leucomainas. Rara producción del recargo agudo en el hombre. — El soldado de Maratón. — Observaciones de rigidez cadavérica, rápida, en hombres muertos en estado de recargo. Actitudes extrañas observadas en los cadáveres; expresión de espanto en las personas asesinadas. Efectos del exceso de trabajo en la carne de los animales. — Peligros de estas carnes. — Cualidades culinarias que en ciertos casos tiene la carne, á causa del recargo. — El dolor, origen de recargo. — Crueldad de un carnicero. El recargo subagudo, el más frecuente en el hombre.

I

El recargo (*surmenage*) no es otra cosa que la fatiga llevada al extremo.

Hemos visto que el trabajo excesivo tiene por consecuencia la formación, en la economía, de ciertos productos de desasimilación, y que las molestias generales de la

fatiga tienen por causa una especie de intoxicación del cuerpo por sus residuos, que hacen sentir su influjo nocivo hasta el momento de ser eliminados por los órganos excretores. En el estado de recargo de trabajo, el organismo no puede luchar contra los residuos, demasiado abundantes, que los órganos eliminadores no consiguen arrojar por completo al exterior. Hay una desproporción entre el poder eliminador del organismo y la gran cantidad de productos de combustión que lo embarazan.

Entre la fatiga y el recargo, hay simplemente una diferencia de dosis en las sustancias que envenenan el organismo; pero las sustancias son las mismas y tienen el mismo origen; son siempre residuos de combustión producidos por el trabajo.

El hombre que se para sofocado al cabo de cinco minutos de carrera, es un hombre cuyo organismo se encuentra bajo el peso de una intoxicación pasajera por el ácido carbónico que resulta del ejercicio. Un caballo lanzado al galope rápido, y forzado á mantener ese galope hasta que revienta, muere de recargo. Los accidentes que lo matan son debidos al ácido carbónico que satura el organismo, como en el primer caso; pero, en ese primer caso, el gas tóxico ha sido eliminado á tiempo, mientras que, en el segundo, se ha acumulado en una dosis capaz de producir la muerte.

El ácido carbónico es, de todos los productos de combustión, el que se forma con más rapidez y en mayor abundancia durante el ejercicio. Es el más temible para el organismo; el que hace correr los más apremiantes peligros al hombre y al animal mientras trabajan. Cuando el organismo lleva la peor parte en la lucha para expulsarlos, el combate es siempre breve y los accidentes devienen rápidamente mortales. Esto se observa en el caballo, cuando se le excita á galopar, sin dejarle tiempo de respiro y extremando sus fuerzas, es decir, exigiéndole una velocidad desproporcionada con el poder de sus pulmones; el animal forma más ácido carbónico del que puede eliminar por la respiración. En poco tiempo, se le acumula en la sangre una dosis bastante fuerte para producir un comienzo de intoxicación. Si se le permitiese pararse, siquiera sólo fuera un minuto, podría en ese breve descanso expulsar al exterior el exceso de gas que le molesta y volver á emprender su carrera sin peligro alguno. Pero, si no se le deja ese instante de respiro, conserva su exceso de ácido carbónico, cuya dosis se aumenta más y más á cada respiración, los centros nerviosos son bañados por una sangre impropia para la vida, el músculo cardíaco se impregna de una substancia que lo paraliza, la circulación se suspende y el animal muere. La muerte por sofocación puede considerarse como tipo del recargo *sobreagudo*. Esta forma de recargo conduce en realidad á la asfixia por autointoxicación.

El recargo que llamamos *agudo* sigue una marcha algo menos rápida. El tipo lo proporcionan los animales cazados á la carrera. En este género de caza, el animal no debe ser muerto, sino *cogido*, es decir, perseguido á todo trance hasta que el agotamiento completo de sus fuerzas no le permita escapar de los perros.

Estudiemos lo que sucede con un corzo rendido de fatiga y cuyo halalí va á sonar pronto.

El animal ha intentado engañar: es decir, de tiempo en tiempo, en lugar de seguir su carrera recta ha parado, tratando de ocultarse, después de volver sobre sus pasos y de haber hecho zizás para despistar á los perros. De este modo, corta su carrera por una porción de tiempos de descanso bastante largos para permitirles respirar y eliminar su ácido carbónico por la respiración. Así, prolonga la caza mucho tiempo, cinco ó seis horas, algunas veces más; lo cual no le sería posible, si marchase en línea recta sin detenerse, porque el miedo le haría extremar sus medios y, aunque fuese más ve-

loz que los perros, se sofocaría y lo cogerían más pronto. Todos los cazadores saben que, si la pieza se sale al llano, la caza se acaba pronto, á menos de que se trate de un animal de primera fuerza, de un lobo viejo, por ejemplo, que se burla de los perros, que conoce el poder de sus patas y que no concede á los cazadores el honor de excederse de sus medios para evitarles.

El corzo se libra, pues, gracias á sus engaños, de sucumbir á la sofocación; pero el trabajo excesivo que ha hecho para escapar de sus enemigos da lugar á diversos productos de desasimilación que, en un momento dado, se acumulan en gran cantidad en el organismo, porque no pueden, como pasa con el ácido carbónico, eliminarse en algunos minutos. Una gran parte de estos productos, en efecto, no se pueden eliminar más que por la orina, y ya hemos dicho que los residuos eliminados por la orina no se expulsan del cuerpo sino con gran lentitud. Le sería imposible al corzo desembarazarse durante su carrera de esos productos de combustión que entorpecen sus músculos y envenenan su sangre. Cuando la acumulación es excesiva, se producen dos órdenes de hechos. En primer lugar, sus movimientos se hacen más difíciles, á causa del entorpecimiento ocasionado en los órganos motores por los residuos que los obstruyen, y que pueden ser comparados á las cenizas que llenan un hogar, ó al hollín que obtura los tubos de una chimenea. En segundo lugar, esos residuos son reabsorbidos por los vasos sanguíneos é incorporados al torrente de la circulación, de donde resulta una rápida infección del organismo.

Después de algunas horas de una caza un poco viva, el corzo comienza á acortar su carrera, se ponen rígidas sus patas y los perros le ganan terreno. Se acerca su fin, dicen los cazadores. Para nosotros, es que está envenenado por los residuos orgánicos, cuya producción es excesiva, y que se han acumulado á altas dosis. Sus patas, ya rígidas, porque los jugos musculares comienzan á coagularse bajo el influjo de un ácido elaborado por las combustiones (el ácido sarcoláctico), y sus músculos, en totalidad, han sufrido una verdadera descomposición química bajo el influjo del calor del trabajo. Se encuentra el animal falto de los órganos del movimiento; no puede ya huir; pero no está sólo en esto la causa de su muerte, pues si, gracias á un último engaño, consigue despistar á sus enemigos, muere casi siempre á consecuencia del recargo.

Un animal completamente forzado no necesita ser estrangulado por los perros, ni acabado por el cazador; revienta él solo. Sucede frecuentemente que, al día siguiente de una cacería, se encuentra en un matorral el cadáver de la pieza cuya pista se había perdido, y que ha muerto á consecuencia de la fatiga. Un amigo mío había soltado algunos corzos en sus bosques y los cazaba alguna vez, sin tener intención de cogerlos, y únicamente para amaestrar á sus perros, deteniendo á la trailla en el momento que veía al animal casi cogido. Muchos corzos murieron á causa de estas cacerías, que no eran más que un juego, una especie de guerra, en la que no se disparaba un tiro, ni alcanzaba al animal ninguna dentellada. No es únicamente la impotencia de correr, la fatiga local de los miembros, lo que forma el estado del animal forzado, sino un estado general de descomposición de los tejidos vivos, capaz de acarrear accidentes mortales. El animal forzado sufre un envenenamiento por una especie de putrefacción de sus carnes vivas todavía.

Si se examina el cuerpo de una bestia forzada, se comprueban hechos muy dignos de estudio. En los miembros se produce casi instantáneamente un estado de rigidez, que se llama rigidez cadavérica de los músculos. Este fenómeno se observa des-

pués de la muerte en todos los animales sin excepción, lo mismo que en el hombre pero no se manifiesta de ordinario, sino muchas horas después de cesar la vida: mientras que, en el animal forzado, se produce inmediatamente que la vida desaparece y, algunas veces, en los últimos instantes de la agonía. Nada más curioso y nada más capaz de conmover á un cazador—si un cazador fuese capaz de piedad—que ver á un desgraciado animal forzado, arrastrándose sobre sus patas, que ya no pueden doblarse y que presentan la rigidez de un pedazo de madera.

Los fenómenos cadavéricos comienzan, pues, algunos instantes antes de la muerte, en los animales víctimas de recargo agudo.

Entre los fenómenos que siguen á esta muerte, hay aún otro que se anticipa mucho al momento en que se produce de ordinario: la putrefacción. La pieza forzada no puede conservarse, debe comerse inmediatamente, porque está *pasada* pocas horas después. El cuerpo de un animal forzado se pudre y se descompone con la misma rapidez que el de un hombre víctima de una enfermedad infecciosa, y cuya inhumación hay que apresurar. Se puede de ordinario conservar largo tiempo un animal, quitándole las entrañas inmediatamente que muere. La necesidad de esta precaución se explica por la presencia habitual en el tubo digestivo de microbios, y sus gérmenes se propagan después de la muerte por todos los tejidos, cuyo movimiento vital no los defiende ya de la invasión. En la caza forzada, la operación que consiste en vaciarla es completamente inútil y no retarda la putrefacción. Y esto es porque el punto de partida de esta putrefacción no está ya en un agente introducido de fuera, por las vías digestivas, sino en productos creados completamente en el organismo por el trabajo, y sobre todo en las partes del organismo que más han trabajado, en los músculos.

DR. FERNANDO LAGRANGE.

(Traducción de Ricardo Rubio.)

(Continuará.)

CRÓNICA CIENTÍFICA

Sobre la cerebralidad vegetal.—Afirmaciones de Darwin.—Experiencias de Strindberg.—Los nervios de las plantas.—Sensibilidad del oxalis y de la balsamina.—Opiniones de Hæckel y de Nabias.—Los miembros artificiales y la longevidad.

Algunas Revistas inglesas se ocupan nuevamente, de algún tiempo acá, de un asunto interesante y muy discutido, de que ya me he ocupado en otra ocasión: la cerebralidad vegetal. Nada tiene esto de particular en el país de Darwin, donde el gran naturalista cuenta tantos discípulos entusiastas. Darwin, que en este asunto, como en otros muchos, tenía ideas muy audaces, no contento con atribuir á la membrana que defiende la punta de la raíz que penetra en la tierra grandes capacidades, llega hasta emplear á este propósito la palabra *cerebro* y no teme atribuir á ese ínfimo órgano delicadamente construido la facultad de escoger, sentir, discernir, acabando por reconocerle un movimiento voluntario y consciente.

Augusto Strindberg, sin atreverse á aceptar todas las afirmaciones del maestro, se ha dedicado á una serie de experimentos que tienden á establecer, ya que no la cerebralidad propiamente dicha de las plantas, la existencia de un sistema nervioso en los vegetales. Uno de los más curiosos fué el siguiente: colocó un bulbo de jacinto

en un vaso, de manera que las raíces no pudiesen alcanzar la superficie del agua con objeto de aumentar su actividad, porque la buscan con avidez. Con el mismo líquido, que contenía almidón y azúcar, regó frecuentemente las raíces, y observó que las más fuertes brotaban rectas hacia el agua, sin huir de la luz; pero cuando llegaron al líquido, se bajó su nivel, «á fin, dice el experimentador, que la raíz, al verse engañada en sus esperanzas, se viese obligada á continuar sus esfuerzos...» Se ve claramente que cuando Strindberg habla de los vegetales, lo hace como si se tratase de seres, no solamente sensibles, sino absolutamente conscientes.

No siéndome posible seguirle más lejos, reconozco que sus curiosos trabajos merecen ser conocidos y vulgarizados.

Abierta después la membrana de la raíz y tratada por el ácido ósmico, mostró en negro, bajo el microscopio, unos elementos nerviosos completamente idénticos al sistema nervioso simpático de los mamíferos, siendo de notar que el ácido ósmico es precisamente el reactivo de los tejidos nerviosos de los animales.

El lector que quiera repetir el experimento de Strindberg puede, si no es histólogo, comparar la figura 27 de la *Histologie*, de Klein, que se halla fácilmente en las grandes bibliotecas públicas, figura que representa un haz del simpático de un conejo, con su preparación de la membrana de la raíz del jacinto.

Para aclarar bien este asunto, convendría que los zoólogos se ocuparan algo de fisiología vegetal y examinasen los tubos cribas de ciertas plantas, perfectamente semejantes á los nervios de mielina de los vertebrados, no solamente por la construcción del tubo, sino también porque poseen un anillo constrictor, una célula aneja y una placa motriz llamada criba en una planta.

Si los vegetales tienen realmente un sistema nervioso, es difícil determinar si los nervios de las plantas poseen puntos de concentración, pero no parece inverosímil. He aquí ciertos hechos que indican probabilidad: el oxalis presenta, á la base del peciolo, un órgano motor del movimiento de la hoja. Strindberg lo ha comprobado sobre un ejemplar de invierno que había tratado por el hipoulfito de sodio.

De las notas del mismo autor sobre el oxalis, tomo la siguiente:

«El oxalis colocado en agua que contenía ácido clorhídrico no contraía sus hojas cuando se le encerraba durante el día en un armario obscuro, haciendo lo contrario cuando faltaba el ácido. Quemando con una lente el nervio principal de las hojas, la hoja queda paralizada; herida en cualquiera otra parte, las hojas se contraen.»

Una de las plantas más sensibles es indudablemente la balsamina amarilla silvestre, llamada con razón *Impatiens* ó *Noli me tangere*: cuando se toca una cápsula madura, salta de los dedos como un insecto, esparciendo las semillas alrededor y cree uno habérselas con un ser animado que se defiende con la huida. Como vive bajo los árboles de los parques y de los bosques, este notable vegetal avanza sus flores amarillas hacia la luz del sol durante el día y las guarece las hojas por la noche. ¿No indica esto la existencia de un centro de energía y confirma alguna de las afirmaciones más audaces de Strindberg?

Hæckel dice que los ganglios de la langosta contiene células semejantes á los del gran simpático de los vertebrados, y Nabias asegura que si en los detalles no se puede comparar el protoplasma de la célula vegetal con el de la célula animal, se puede, no obstante, considerarlas como análogas en lo general ó en las líneas generales, en atención á que dan las mismas reacciones químicas. El mismo autor observa que las dimensiones del elemento nervioso disminuyen á medida que se eleva la escala ani-

mal. Unicamente en la extremidad inferior de esta escala podríamos encontrar un sitio para los vegetales, si es que un día llega que se le conceda.

*
* *

«Yo en tú lugar me haría cortar el brazo en seguida», dice Toinotte á Aryan, el enfermo imaginario. La alegre doctora no estaba desprovista del todo de razón, si hemos de creer á un fabricante inglés de miembros artificiales, el cual acaba de publicar en Londres el resultado de sus estadísticas, tomadas desde 1853, sobre la longevidad de los mutilados que usan brazos ó piernas de madera en defecto de los naturales. De las cifras publicadas, resulta que las tres cuartas partes de esos mutilados alcanzan edades avanzadas, disfrutan de buena salud y poseen fuerza física é intelectual poco común, cuyo resultado explica por el hecho de que la pérdida de una parte del cuerpo disminuye el número de las partes que contribuyen á absorber las fuerzas iniciales de cada uno, dispone y favorece así las partes que quedan intactas.

En resumen, la teoría de Toinette, quien decía:

—«¿No ves que este brazo atrae hacia sí todo el alimento y que impide á este lado aprovecharse de él?»

Molière era, pues, un precursor. Apresuráos, señores, á que os corten las piernas; y al mismo tiempo que prolongaréis vuestra vida, facilitaréis los negocios de los fabricantes de miembros artificiales; mas esperad á que éstos os den el ejemplo.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

CRÓNICA ARTÍSTICA

En el último libro de Unamuno, *Tres ensayos*, encuentro ante todo un *estado ideológico*, del cual irradian imágenes, silogismos, paradojas, verdades, errores, verdaderos sentimientos y conceptualismos sentimentales.

El que fuese á discutir una por una esas manifestaciones aisladas, difícilmente llegaría al pensamiento del autor. Quizás este mismo no tuvo una presciencia clara de la unidad cerrada de su estado ideológico. Sin querer, y aun creo que queriendo, se contradice y halla un consuelo en su contradicción: la saluda como anhelo y afirmación de su libertad. Con una agilidad sorprendente la utiliza como medio de expresión, y pone los contrarios frente á frente para solazarse en la chispa producida por el choque.

Sin embargo, se me figura que todo esto es cuestión de método. La contradicción existe solamente en la forma, porque las ideas de Unamuno, como sus imágenes y sus paradojas, son reflejos de una idea que hay en él, tiesa y sencilla, que pugna por expresarse en lo que tiene de inexpresable.

Cada imagen, cada idea, cada frase esculpida, cada retruécano hegeliano, es una tentativa; el noumenos ideológico se lanza fieramente contra el muro de nuestra infabilidad sin derribarlo. Y así tienta por todos lados con una terquedad que da escalofríos. Aquí tenéis cómo me explico sus contradicciones. Son aparentes nada más. La verdadera contradicción, en todo caso, está en vosotros. Quizás habéis cometido el error de buscar la explicación de su sistema en la prolongación lógica de sus formas de expresión; habéis querido llevar esas ideas á sus últimas consecuencias. Proceded

á la inversa: ante cada idea remontaros á su origen, indagad cómo fué su nacimiento y por qué sólo llegó hasta allí donde la habéis encontrado.

Claro está que á mi ver no podré explicar lo inexplicable. Pero he de dar una idea, buena ó mala, de la obra. No deis fe á lo que digo, sino á lo que os figuréis que quiero decir.

Unamuno no es eclético; prefiere su nota á la armonía de conjunto. Entre dos extremos irreductibles no perderá el tiempo en buscar su resolución sintética. Acepta el uno y se pone enfrente del otro. Defiende el amor, propaga la misericordia, legitima la resignación; pero su amor, su misericordia, su resignación, ó bien son aspiraciones de su espíritu ó bien son partes integrantes de su sistema. Creed en su amor; pero no olvidéis que tiene un látigo que levanta ronchas en la carne.

Ha visto en antinomia los dos grandes componentes de la realidad: el hombre y la naturaleza. Y no pierde el tiempo en armonizarlos; los pone frente á frente y opta por el hombre. No os dejéis extraviar por sus paradojas. La naturaleza por sí misma no le importa nada. La busca todo lo más para que le fecundice; no se da á ella; no hay enajenamiento en su contemplación. Enriquece su alma autofundiendo lo que ve *¡Adentro!* Su combate con la realidad se resuelve en este grito de guerra.

El que está enfrente es el pagano, el que vive hacia afuera. Y Unamuno se revuelve contra la idea que se forma éste de la naturaleza, de la religión y de la vida; casi puede decirse que no se siente hermano de este hombre. Habla de él con desprecio, le considera inferior, superficial y vacío. Y suele vivir en el otro la negación de su ser: «En el seno de eso que como lúgubres depresiones se aparecen al pagano—dice—es donde se encuentran las más regaladas dulzuras.» Se olvida de decir que esas dulzuras son regaladas *para él*. Puesto que defiende tan cerradamente *su* vida, ¿qué sabe de la vida de los demás? Porque los demás también la tienen.

A mi entender, este es el punto flaco del *estado ideológico* de Unamuno. Si aceptamos la superioridad objetiva de ciertas ideas, todo lo demás se viene abajo. Yo defiendo lo mío, porque para mí es lo mejor. Y veo á Unamuno enfrente de mí, y reconozco que también es un hombre. Lo contrario se llama jacobinismo, proselitismo, tiranía de las ideas, ideocracia y demás cosas por el estilo.

Leyendo el primer ensayo, *Adentro*, el lector ya supone los otros dos, *La ideocracia* y *La fe*. No se debe dar una extraña importancia á la idea-reflejo enfrente de la idea total. Los que obran de otro modo son víctimas de una tiranía intolerable. Finalmente, en el último ensayo se revuelve el autor contra el gnosticismo y la mentira. *Yo soy mi idea*, viene á decir. Las puras abstracciones ideológicas son vanos juegos intelectuales. La fórmula es el sudario de las verdades muertas. A esto no tengo nada que objetar. También á mí me parece que todas las idolatrías se han fundado en eso: en el gnosticismo y en la mentira.

Tal me parece el libro de Unamuno. Bueno ó malo, es la obra de un hombre. He oído decir que escribe mal y que no se le entiende. A mí me parece muy claro todo lo que dice, y confieso que el primer ensayo me parece un prodigio de dicción.

Pero lo que me parece más evidente es que Unamuno se presenta como un idóneo continuador de la filosofía mística española. Santa Teresa y Diego de Avila tomarían por suyas algunas páginas del libro. Aquello del *que muero porque no muero, que mi amado es para mí y yo soy para mi amado*, se reproduce con otras ideas, pero con el mismo procedimiento, una porción de veces en el libro del catedrático salmantino. La inteligencia humana, cuando desdena lo exterior, se repliega sobre sí misma, se digiere

á sí propia. Y acaba por negar la realidad externa y proclamar la supremacía de su voluntad. Los místicos querían crear á Dios en fuerza de fe. Y Unamuno define la fe diciendo que es crear lo que no vemos.

*
* *

En pocas líneas se puede hacer la *Crónica artística* de la quincena. Ningún suceso digno de contarse ha llamado mi atención. Así es que, á falta de acontecimientos artísticos, me limitaré á dar mis impresiones de artista.

Aquí no queda otro remedio que amodorrarse ó huir. Hemos llegado á un estiaje artístico absolutamente intolerable. Los teatros se han encanallado más y más; la ópera se sirve á manera de sorbete en unos jardines de refresco, y el que quiere salir de noche, ha de meterse en el circo de Colón á ver los ejercicios de la condesa X. Allí se goza de la imponderable ventaja de que los artistas no cantan ni hablan.

La gente huye despavorida de esta ciudad en descomposición. A ciertas horas del día circulan por las calles innumerables coches cargados de maletas, mundos y baúles. En las estaciones de ferrocarriles la gente se aglomera alegremente. Porque la hermosa capital de España tiene esc: que apenas nadie la abandona con tristeza.

Todos los amigos que encontráis os preguntan lo mismo: *¿Cuándo se va usted?* Y luego os explican, llenos de satisfacción, que un día de estos salen para Navarra, Galicia, Cataluña. Si alguno se queda para todo el verano, oculta tristemente su vergüenza.

Triste destino el de esta villa mal empedrada, que ni sus hijos la defienden. He oído algunos que tienen por alta cualidad, de los nacidos en Madrid, el dejar que todos lo maltraten, sin salir á su defensa. Para mí revela esto su mayor miseria. Impotencia repugnante la de una tierra ó ciudad que no infunde celoso amor á sus propios hijos. Porque ame á mi tierra no he de despreciar las demás. Es un error gravísimo creer que el recuerdo cariñoso de la tierra natal puede ser obstáculo á las más amplias y generosas ideas altruistas. Cuando defiendo mi tierra, me defiendo á mí mismo, porque soy *hijo* de mi tierra. Y si los hombres no han de renunciar á su individualismo para vivir juntos en paz, tampoco los pueblos han de menospreciar su tierra madre, la que modeló su alma colectiva.

Y me ocurre que de cuantos viven ahora en Madrid nadie es menos madrileño que yo. Entre este pueblo y mi alma hay invencibles repugnancias instintivas. Pero la vida ha querido que gozase de esta villa, y me alejaré de ella con dolor por los recuerdos que guarda de mis buenas horas. Cuando tantos se alejan alegremente, yo volveré la vista atrás y no habrá regocijo en mi rostro.

Ya he comenzado mis visitas de despedida. La otra tarde bajé á la capilla de San Antonio para ver de nuevo los frescos de Goya. Y por primera vez aquellos ángeles no me gustaron. No pude quitarme de la cabeza la falsedad del Cristo que tiene en el Museo del Prado. Quiso esforzarse en pintarlos bellos, y le salieron líneas sensuales, carnes fofas, colores apagados por falta de verdad. Arriba, en la cúpula, el pueblo, los lisiados y el santo me produjeron la repugnancia de siempre. Sin embargo, aquello es más sentido, hay más alma de Goya en sus colores.

He ido de nuevo á la Moncloa y he entrado en los viejos jardines de la Florida por el estrecho pasadizo que se abre al pie de un añoso árbol del amor. Los cipreses solitarios, los bojés que hace tiempo no ha recortado nadie, la fuente *de caño gordo*,

los surtidores secos, los depósitos llenos de agua verdosa, daban al lugar un no sé qué de melancólico que recordaba los *jardines abandonados* de Rusiñol.

Y luego en el Retiro, en el Jardín Botánico y en todas las cercanías visitadas he visto la hierba agostada por el sol ardiente de estas alturas, los árboles muertos de sed, las flores muertas, sin aroma.

¿Vámonos ya? Aquí la *vida es sueño*, y á nosotros nos importa vivir mucho mientras seamos jóvenes.

*
* *

Me proponía dar una nota bibliográfica del libro *El alma castellana*, publicado por Martínez Ruiz. Tenía que vencer ya ciertos escrúpulos de delicadeza para decir con imparcialidad lo que la obra me ha parecido.

Ante todo, creo que se trata de un libro recomendable, escrito con acierto y buen gusto en la elección de textos. Pero quería observar al autor que sólo de una manera algo remota y relativa tienen que ver los temas por él tratados con el alma castellana; en la obra hay más sociología histórica que psicología colectiva. Además, no estoy conforme con el método adoptado, caído ya en descrédito en todas partes. Porque de este modo se puede demostrar todo lo contrario de lo que dice el Sr. Martínez Ruiz, sin necesidad de acudir á autores diferentes.

Pero se ha suscitado una polémica en la que no quisiera verme envuelto, y por esto me limito á dar estas breves indicaciones.

*
* *

En *L' Humanité Nouvelle* del mes de Julio hay el dictamen que los *Estudiantes socialistas revolucionarios internacionales de París* han mandado con el título de *El tolstoísmo y el anarquismo*, al *Congreso obrero revolucionario internacional*.

Es un estudio muy interesante, porque permite conocer el estado actual de estas dos tendencias. El grupo de estudiantes mencionado, viendo que Tolstoï y su doctrina gozaban de gran predicamento entre muchos revolucionarios, han querido hacer un examen de las dos doctrinas, tanto desde el punto de vista teórico como desde el punto de vista práctico (1).

Fijan primeramente el sentido en que interpretan á Tolstoï los principales pueblos de Europa, y hacen historia de cómo apareció su teoría en Rusia después de los estragos del nihilismo, y cómo su teoría del perfeccionamiento individual se opuso á la política revolucionaria de los liberales. Reconocen que la obra crítica de Tolstoï, en lo referente á la sociedad actual, á la Iglesia existente, al Estado, al militarismo, á las clases dominantes y parásitas, así como su simpatía por los trabajadores y sus artículos sobre el hambre en Rusia, podrían ser firmados por cualquier revolucionario.

Estudian luego sus ideas sobre la vida y el amor y analizan los cinco mandamientos que forman la base de la doctrina del escritor eslavo, fijándose principalmente en el amor y en la no resistencia. Aquí los autores se oponen á esta idea esencialísima en la doctrina tolstoiana y se hacen defensores de la violencia cuando ésta sea un mal menor.

Defienden el trabajo intelectual del menosprecio en que parece tenerlo Tolstoï, y sostienen que éste ignoraba muchos elementos de las ciencias que afectaba haber consultado. Las preguntas, *¿para qué? ¿y después?* que se hace Tolstoï á menudo, repre-

(1) La mitad de este trabajo se publicará en el número próximo, y la otra mitad en el perteneciente al 15 de Agosto. (N. de la R.)

sentan, según ellos, una predisposición á no estudiar más, á abandonarse á este prejuicio, que funda la vida en un principio superior á ella.

Acusan á Tolstoï de ser enemigo de la moderna división del trabajo y de las ventajas de la civilización, y sostienen que el error esencial del tolstoïsimo es la separación artificial introducida entre la vida superior y la vida inferior, no viendo que ni la vida animal es del todo egoísta, ni la vida racional es completamente desinteresada.

El estudio está hecho con suma imparcialidad y gran conocimiento de ambas doctrinas. Pero, á mi entender, no demuestra bastante lo que quiere. Entre el tolstoïsimo y el anarquismo comunista hay una comunidad de origen en las ideas que en vano quiere este trabajo combatir. Las diferencias están en las aplicaciones á la vida individual y social, al estado religioso, á la propaganda y realización práctica de las ideas. Y esto, á pesar del propósito de sus autores, no se destruye en el dictamen mencionado, sino antes bien, se confirma en más de un concepto.

En un artículo, *La Crisis de una nacionalidad*, el Sr. D. Ricardo Mella estudia en *L' Humanité Nouvelle* la situación actual de España. Este artículo, que no contiene ninguna retractación de las ideas ácratas del autor, es por su tendencia general muy digno de aplauso. Empezaba ya á ser ridículo el desvío con que los anarquistas miraban hasta ahora las cosas de la nacionalidad en que viven, como si á ellos no les interesase nada esta materia.

Todos los problemas de la realidad deben interesarnos. El Sr. Mella no es un patriota, pero no ha podido evitar que la vida le haya unido con lazos bastante firmes á los destinos de un pueblo y los estudia.

Como artículo hecho para ser leído por extranjeros, pierde gran parte de su interés al ser estudiado por un español. De modo que me limitaré á decir respecto del mismo, que, según el Sr. Mella, la nacionalidad española no se ha formado todavía, que nuestro pueblo no está en decadencia, pues una vez arrojados los árabes de España, no ha vuelto á dar una esplendente civilización, en lo que ya no estoy conforme con el autor; que España es un pueblo atrasado, y que la única solución política para lo porvenir es la federal ó la muerte.

PEDRO COROMINAS.

MARIDO Y MUJER

NOVELA

(Continuación.)

Serguei Mikhailovich consagraba á sus asuntos más tiempo que antes, y por segunda vez creí descubrir en su alma un mundo aparte en que no quería dejarme penetrar.

Su calma inalterable me excitaba. Mi afecto por él no había disminuido, su amor seguía siendo mi dicha; pero mi sentimiento no ganaba en intensidad, permanecía estacionario, y empezó á apuntar en mi alma, al lado del amor, un deseo que me preocupaba.

El placer de amar no era ya suficiente; no me bastaba ya aquella vida tranquila; necesitaba movimiento, mi amor tenía sed de emociones, de peligros, de sacrificios.

Tenía un excedente de fuerzas que no encontraba empleo en aquella existencia sosegada; ora caía en crisis de tedio que me esforzaba en ocultar á Serguei Mikhailo-

vich como una cosa mala, ora me acometían accesos locos de ternura y de alegría que asustaban á mi marido.

Se fijó antes que yo en ese extraño estado, y me propuso pasar el invierno en la capital; pero yo le supliqué que no alterásemos en nada nuestra manera de vivir, por temor de destruir nuestra dicha.

Yo era feliz, en efecto; pero sentía que esa felicidad no me costase ningún esfuerzo, ningún sacrificio, cuando se agitaban en mí energías que reclamaban trabajo y destino.

Amaba á mi marido y sabía que lo era todo para él; pero hubiera querido ver al mundo entero oponerse á mi amor, para que mi amor triunfase de todos los obstáculos. Mi espíritu y mi corazón estaban satisfechos; sin embargo, fermentaba dentro de mí una savia de juventud, una necesidad de actividad, que no encontraba satisfacción.

«¿Por qué me ha propuesto ir á la ciudad?»—me decía.— Si no me hubiese hecho esa proposición, yo hubiese comprendido, quizá, que estos locos deseos que me atormentan son un peligro, y que el sacrificio que reclamo se presenta á mí bajo esta forma: ahogar todos esos sentimientos perturbadores. Pero, á pesar mío, me dominaba la idea de que sólo una estancia en la ciudad podría salvarme del enojo, aun cuando me avergonzase la consideración de que, por satisfacer mi capricho, iba á arrancar á Serguei Mikhailovich á todo lo que amaba.

En medio de estas vacilaciones pasaba el tiempo; la nieve cubría nuestra casa de una capa cada vez más espesa, y nosotros permanecíamos encerrados, viendo cada cual delante de sí constantemente las mismas personas, mientras allá, entre el brillo y el bullicio de las ciudades, vivían, sufrían y desaparecían muchedumbres de seres, sin reparar en nuestra ignorada existencia.

Doliame, sobre todo, ver que la cadena del hábito nos clavaba más fuertemente cada día á esa vida monótona vaciada en un molde que nada podía modificar, y que nuestro mismo amor se tornaba esclavo de ese orden de cosas tranquilo é inmutable.

Así, por la mañana estábamos alegres, á la comida tomábamos una actitud respetuosa, y la noche pertenecía á la ternura.

Yo pensaba en mí misma: «Que tal vida sea buena y honrada, como él dice, bien lo veo; pero sobra tiempo para llevar esta existencia, mientras que nuestras fuerzas actuales reclaman otra vida.»

Tenía necesidad de luchar, quería que mi vida fuese inspirada por mis sentimientos, y no que mis sentimientos fuesen resultado de mi manera de vivir.

Hubiese querido coger á Serguei Mikhailovich de la mano, llevarlo al borde de un precipicio, y decirle: «Un paso más, y ruedo al abismo; un sólo movimiento, y estoy perdida», y que él, completamente pálido, me levantara en sus brazos robustos, me sostuviese por cima del abismo hasta que se helara mi corazón, y que después me llevase adonde le pareciese.

El estado moral influyó en mi salud, quebrantando mis nervios.

Una mañana me sentía más excitada que de costumbre, cuando Serguei Mikhailovich volvió de su jira campestre bastante malhumorado, cosa que rara vez le sucedía. Lo noté al punto, y le pregunté qué había pasado; pero me respondió que no valía la pena de contarse.

Supe más tarde la causa de su disgusto: el *ispravnik* (el jefe de la policía rural), mal dispuesto respecto de mi marido, había mandado convocar á nuestros aldeanos

para exigirles tributos que no tenía él derecho de reclamar. Serguei Mikhailovich estaba vivamente contrariado; pero no quería enojarme con el pormenor de sus asuntos. Yo creí que no quería hablarme de eso, porque me consideraba una niña incapaz de comprender lo que le interesaba.

Me volví sin desplegar los labios, y fui á invitar á Minichna, que estaba de visita en la casa, á tomar el te con nosotros. Acabé en seguida el desayuno, y me llevé á mi amiga á la sala de los divanes, donde me puse á charlar con ella de futilidades sin interés.

Serguei Mikhailovich se paseaba impaciente, y, de vez en cuando, nos dirigía una mirada. Aquella mirada producía un extraño efecto sobre mí: me excitaba á hablar y á reír con más fuerza cada vez. Me reía de todo lo que decía yo y de las expresiones más insignificantes de María Minichna.

Mi marido, sin decir nada, entró en su despacho y cerró la puerta. En cuanto lo perdí de vista, toda mi alegría se desvaneció; mi interlocutora me preguntó, asombrada, la causa de ese cambio.

Sin responderle me senté en un diván, con un deseo de llorar irresistible.

Me decía: «¿Por qué viene con esos aires tan graves? Una nada le parece un asunto de Estado, y, si me dijese lo que tiene, le probaría en seguida que se apura sin motivo. Pero su señoría cree que yo no lo comprendo. Es menester que me humille con su gran calma, y que siempre tenga razón. ¡Pues bueno: yo también tengo razón, cuando me aburro, en querer vivir, obrar, y no permanecer clavada en el mismo sitio, viendo volar los años! Quiero marchar hacia adelante todos los días, á todas horas; quiero novedades, continuas novedades, y él no desea sino permanecer en el mismo sitio y tenerme allí inmóvil... Y, sin embargo, ¡si él quisiese! Ni siquiera necesitaría llevarme á la ciudad; le bastaría observar una conducta sencilla, cosa que no hace... Siempre me dice que sea sencilla, y no me da el ejemplo... ¡No, él no es sencillol»

Me subían las lágrimas del corazón, y comprendía que estaba muy enojada con mi marido. Espantada de ese movimiento de cólera, entré en su despacho.

Estaba escribiendo en su mesa. Oyó mis pasos, me miró un instante con expresión tranquila é indiferente, y prosiguió su trabajo.

Aquella mirada me irritó, y, en vez de acercarme á Serguei Mikhailovich, me detuve cerca de su mesa y me puse á hojear un libro.

Alzó de nuevo los ojos, dirigiéndolos hacia mí.

—¡Mariquita, no estás de buen humor!—dijo.

Respondí con una mirada fría, que significaba: «¿A qué vienen esas preguntas? Ya sé á qué atenerme en punto á la amabilidad de usted.»

Movió la cabeza, y me sonrió con cariño.

Por primera vez quedó sin respuesta su sonrisa.

—¿Qué ha pasado hoy?—pregunté.— ¿Por qué no quieres decírmelo?

—¡Bagatelas!... Un disgustillo—respondió.— Ahora puedo hablarte de ello... Dos *mujiks* han ido á la ciudad...

Pero yo lo interrumpí:

—¿Por qué no me contaste todo eso esta mañana, al tomar el te, cuando te pregunté?...

—Porque estaba muy irritado, y hubiese dicho una porción de tonterías.

—Pero entonces es cuando yo deseaba saber lo que había pasado.

—¿Por qué?

—¿Y por qué no crees tú jamás que yo pueda darte un consejo?

—¡Pues no lo he de creer!—contestó soltando la pluma.— Sé que no puedo vivir sin ti. No sólo eres mi consejera, sino quien lo decide todo... ¿Qué has dado en cavilar?—añadió riendo.— Yo no vivo más que por ti... Tu presencia es la que hace que todo me parezca aquí excelente...

—Sí, sí, ya comprendo; soy una niña bonita á quien se trata de contentar—replicó con un tono tan extraño, que me miró con asombro, como si me viese por primera vez.— No participo de tu calma—proseguí—; tú tienes bastante por los dos...

—Bien, pues voy á explicarte todo el caso—dijo precipitadamente, para impedirme expresar, sin duda, lo que me pesaba en el corazón.— Luego darás tu parecer.

—Ahora ya no me importa saberlo—respondí—, aunque, en realidad, tenía ansia de oirlo; pero gozaba más aún en turbar su tranquilidad.— No quiero esta apariencia de vida—continué—; quiero vivir de veras, como tú...

Su semblante, donde se reflejaban tan vivamente las impresiones, expresó el dolor y una atención forzada. Yo continué:

—Quiero vivir como un igual tuyo...

No tuve valor de seguir viendo cuánto le afligía. Callé un instante.

—Pero, ¿en qué no eres igual á mí?—preguntó.— ¿Es por ser yo el que tengo que habérmelas con el *ispravnik* y con los campesinos borrachos?

—No es solamente en eso—repliqué.

—Por favor—continuó—entiéndeme, amiga mía; yo sé todas las molestias que dan los negocios; he vivido bastante para aprender á conocerlo. Te amo, y deseo evitarte esas preocupaciones. Mi amor por ti es toda mi vida; yo te digo á mi vez: no me impidas vivir.

—Tú siempre tienes razón—contesté sin mirarlo.

Me disgustaba ver su alma serena y tranquila de nuevo, mientras á mí me invadía el despecho y un sentimiento próximo al arrepentimiento.

—¡Mariquita! ¿Qué tienes?—dijo.— No se trata de saber quién de nosotros tiene razón... ¿Qué es lo que te indispone conmigo? No me respondas en seguida; reflexiona, y confíame todos tus pensamientos. Tú estás enfadada, y tendrás tus razones; pero hazme ver cuáles son mis faltas.

¿Cómo hubiera podido abrirle mi corazón? El hecho de que él hubiese comprendido inmediatamente que era aún una niña y de que yo no pudiese hacer nada sin que adivinara mis intenciones, me irritaba más cada vez.

—No tengo nada contra ti—exclamé—; me aburro pura y simplemente, y me gustaría más no aburrirme. Pero tú me aseguras que debe ser así, y, naturalmente, tú tienes razón en eso, como en todo.

Al pronunciar estas palabras dirigí los ojos hacia él, y vi que había conseguido mi objeto: se había desvanecido su tranquilidad, y todas sus facciones expresaban la pena y el espanto.

—Mariquita—dijo con una voz dulce, pero alterada.— No es ya una broma; se trata de decidir de nuestra suerte. Te ruego que me escuches antes de responderme: ¿Por qué te gozas en atormentarme?...

Le interrumpí:

—Sé de antemano que tendrás razón. No me digas más—repuse friamente, como si no fuese yo la que hablaba, sino el espíritu del mal por mi boca.

—¡Si supieses lo que haces!...—dijo con voz trémula.

Me eché á llorar, y me sentí aliviada. Se sentó cerca de mí sin decir nada. Yo lo compadecía, y me avergonzaba de mi conducta; no me atrevía á mirarlo. Me pareció que me estaría contemplando con severidad y asombro; pero cuando vi sus ojos, los tenía fijos en mí con una expresión dulce y cariñosa, que parecía pedir perdón.

Cogí su mano, diciendo:

—¡Perdóname! No sabía lo que decía.

—Sí; pero yo lo sé, y decías la verdad.

—Pero, ¿qué he dicho?

—Que debemos marcharnos á San Petersburgo; ahora ya no tenemos nada que hacer aquí.

—Será como tú quieras—respondí.

Me abrazó y me besó las manos.

—Perdóname—me dijo.— Soy muy culpable para ti.

La noche de aquel mismo día toqué todo mi repertorio, mientras él se paseaba, hablándome á media voz, según costumbre.

Yo le preguntaba á menudo lo que decía, y, después de un momento de reflexión, me lo repetía siempre; la mayor parte del tiempo recitaba versos; á veces pensaba alto, ensartando extravagancias en que yo reconocía su humor del momento.

—¿Qué murmuras hoy?—le pregunté.

Se detuvo, meditó un instante, sonrió, y me recitó estos dos versos de Lermontoff:

«Y pide el insensato una borrasca,
cual si la paz morase en la tormenta.»

«La verdad es que es todo un hombre—me dije á mí misma.— Para él no hay nada oculto; ¡todo lo sabe! ¿Cómo no amarlo?»

Me levanté del piano, cogí su brazo, y me puse á andar junto á él, esforzándome en seguir su paso.

—¿Sí?—dijo interrogativamente, y me miró sonriendo.

Sí—murmuré.

Y de repente nos acometió á los dos un loco acceso de alegría; reían nuestros ojos y se alargaban nuestros pasos desmedidamente, agrandándose y aligerándose más cada vez.

Y sin dejar ese paso de gigante, con gran escándalo de Gregorio y con asombro de mi suegra, que reposaba en la sala, recorrimos todas las piezas hasta el comedor: allí nos paramos, y, después de mirarnos á los ojos, prorrumpimos en una alegre carcajada.

Dos semanas más tarde estábamos en San Petersburgo para las fiestas.

LEÓN TOLSTOÏ.

(Se continuará.)





SECCION LIBRE



¿QUÉ ES PROPIEDAD?

La propiedad es aquello de que el individuo disfruta privativamente; pero hay riqueza que no es propiedad *particularizable*, porque las circunstancias *incoercibles*, por así decirlo, en que se nos manifiesta, hácenla en un todo inasequible á las ambiciones desenfrenadas del suicida egoísmo humano.

De manera que existe *propiedad* que no es *riqueza*, como hay también *riqueza* que no es *propiedad*.

Los *agentes naturales*, no apropiables ni explotables privativamente, pero sí de universal y libre disfrute, son indudablemente una riqueza; pero no son propiedad en el sentido lato de la palabra, ya que carecen de las condiciones esenciales que se exigen á toda propiedad social, cuyas son: *la acaparabilidad privativa* y *la transferencia por donación, heredamiento ó enajenabilidad*.

Los agentes naturales son, indisputablemente, una de las primeras y más preciadísimas riquezas sociales, puesto que satisfacen algunas de nuestras necesidades, las más perentorias é ineludibles, y la riqueza no es otra cosa que el elemento de todo goce, de toda satisfacción y felicidad; pero los agentes naturales no son propiedad: se esparcen y distribuyen sabia y benéficamente por el universo, sin exigir ningún esfuerzo apreciable á cuantos de ellos disfrutamos.

Mas existe un agente natural apropiable por su naturaleza; este agente natural es la *tierra*, que, como el *aire* y el *calor solar*, debe sernos, no obstante su condición acaparable, á todos los humanos de disfrute libre y gratuito.

Ahora bien: como quiera que la *tierra*—el suelo y el subsuelo—es un agente natural, ni más ni menos que lo son el *aire*, el *agua* y la *luz solar*, de las anteriores reflexiones derivamos nosotros la conclusión natural y lógica de que, siendo los agentes naturales de aprovechamiento gratuito para las necesidades primordiales de la existencia humana, nadie tiene derecho á la apropiación privativa de la *tierra*, y menos todavía á exigir *rentas* abrumadoras y *tributaciones* onerosas á los labradores genuinos que cultivan los campos con el sudor de su rostro, ya que, si algún fundamento justo y equitativo pudieran alegar los poseedores de la propiedad territorial, éste no podía menos que ser el *trabajo*, pues la propiedad que en el trabajo no se funda, no es, no puede ser otra cosa que la punible acumulación de riquezas indignamente secuestradas...

Pero los doctores de la Economía política no lo entienden así, y atentos sólo—*naturalmente*—á la defensa de los egoístas intereses de la clase á que están adscritos, á fin de embrollar la verdad antecedente, sientan la siguiente absurda teoría: «Es verdad—dicen—que la tierra es un don natural que realmente no se paga ni debe pagarse»; pero observemos que el industrial que elabora un producto en su taller ó en su fábrica, y el comerciante que lo aproxima al consumidor, recogen en el acto ó en breve plazo

sus anticipos, obteniendo servicio por servicio, y queda con esto terminada completamente la operación; mientras que si nos dedicamos, por ejemplo, al cultivo de una hacienda en una localidad poco poblada, vendemos nuestros productos, nos los pagan; ¿ha terminado todo?

No; queda allí confundido con la tierra que cultivamos algo del trabajo empleado en el cultivo; queda allí un trabajo humano acumulado, un verdadero capital. En una palabra, queda en la tierra un elemento humano que está rindiendo frutos positivos; y la cantidad que el propietario exige al colono arrendador, no es, por tanto, remuneración de la fuerza gratuita del terreno, sino retribución del trabajo acumulado en la finca territorial, interés legítimo del capital en la hacienda invertido.

Capciosa, capciosísima es la teoría expuesta precedentemente, teoría hilada burdamente por los doctores del capitalismo para defender la explotación de la propiedad territorial por una cáfila inmunda de sádicos holgadores...

Hay en ella por base un absurdo enorme, absurdo lamentable para la Economía política, absurdo transcendental que deja en pie nuestras anteriores afirmaciones, y que á la par nos proporciona un arma formidable que esgrimir contra las actuales instituciones.

Preparémonos, pues, á sacar las lógicas y favorables consecuencias con que nos brinda la torpe manera de argumentar de nuestros *habilidosos* y sabios detractores.

Si, como aseguran los sabios doctores de la economía política, no es la cantidad que el propietario de la tierra exige al colono arrendador por el arriendo de sus *heredades*, remuneración de las fuerzas gratuitas y naturales del terreno arrendado, ¿qué es entonces?

Porque, si como los señores economistas burgueses afirman, y nosotros creemos firmemente, en toda propiedad territorial cultivable queda siempre acumulado un remanente de fuerzas pertenecientes al cultivador, ¿cómo se atreverán á negar los doctísimos sostenedores de la anterior teoría que siendo esas fuerzas que actúan y coexisten confundidas en las tierras cultivables con las fuerzas naturales, fuerzas vivas, fuerzas del trabajo humano, no sea injusto exigir una renta remuneratoria á los cultivadores?...

¿Cómo los propietarios opulentos, los aristócratas, los que jamás han empuñado el mango de una azada ni movido la esteva de un arado para hacer fructificar los campos; cómo, repetimos, los eternos holgadores podrán exigir con justicia á sus esquilados colonos los *intereses del arriendo*, si, según la teoría expuesta, los colonos son los *dueños exclusivos* de las tierras que personalmente cultivan por derecho natural, toda vez que en ellas, mezcladas con las fuerzas naturales, dejan las suyas propias?...

Y los grandes terratenientes, los que *personalmente* explotan sus dilatados predios, ¿con qué derecho despedirán, como *positivamente pagados con un salario exiguo*, á sus explotados jornaleros, si estos infelices, según acabamos de ver, tienen perfectísimo derecho á percibir ulteriores remuneraciones por dejar un raudal de fuerzas latentes, un capital de esfuerzos reproductivos en los campos en que trabajan?...

Para que los propietarios territoriales tuvieran derecho á reintegraciones con un viso de justicia, según la teoría expuesta, era preciso que hubieran ellos mismos cultivado *personalmente sus haciendas*, por espacio de algunos años. Y como esto no sucede, como los que viven á expensas de la propiedad territorial acaparada privativa é individualmente, jamás abrieron un solo surco en la tierra con sus propias manos; como ni trazaron los canales, ni abrieron las zanjás para regar los campos, ni forjaron las

férreas herramientas que sirven para roturar las tierras, ni arrojaron sobre ellas las pródigas simientes, semen de toda fecunda floración, véase cómo no es justa la renta de la tierra y cómo, por tanto, debe venir abajo tan expoliador monopolio.

¡Ah! cuanto más se afanan en combatir nuestras doctrinas, cuanto más exprimen el cacumen los sabios del capitalismo para destruir las ineludibles verdades por nosotros sociológicamente sustentadas, más y más contribuyen con sus especiosas capciosidades á poner de manifiesto la ineludible justicia en que se informan.

La propiedad privada es el gran absurdo social legalitario que lo tiene todo perturbado.

Mientras que cuantas riquezas existan en la tierra no nos sean comunes á todos los humanos, como nos son los agentes naturales, el *aire*, el *agua* y el *calor solar*, habrá en el mundo grandes egoísmos que devoren las sociedades.

De egoísmo es la gangrena social que nos tiene emponzoñados y malquistos á todos los hombres.

Lo ha dicho Stanley, el célebre explorador del Congo: «El hombre perfecto del porvenir será aquel que se halle destituido de todo egoísmo.»

Hay, pues, que matar el bestial egoísmo humano si pretendemos llegar á la perfección, que es la libertad y la gloria.

DONATO LUBEN.

SOBRE EL MATRIMONIO

Gran pesar nos causa vivir en una sociedad tan mal organizada como la presente, y la contemplación de sus miserias, el recuerdo de tantas injusticias con cinismo perpetradas y con piadosa resignación sufridas, nos indigna y conmueve. Nos estremece mos de impaciente rabia ante la impotencia de nuestra voluntad frente á las transformaciones que anhelamos. Sufrimos de ver que se consumen vidas oscuras, dolorosas, condenadas á las tareas ingratas, sin goces elevados, sin compensaciones, sin ideal, sin nada; dócil rebaño que desconoce la alegría de vivir y que aporta todas sus energías al capital, matador feroz de voluntades y de energías.

Pero cuando la revolución que preparamos haya dado la igualdad económica y haya asegurado á cada uno la vida material é intelectual, nuestra tarea aún no habrá concluido; porque la cuestión de las relaciones morales en general y la de la unión de los sexos dominados por el imperioso amor, suscitará siempre dificultades, cuya importancia podemos medir por el actual matrimonio. Procuremos, pues, señalar imparcialmente algunas observaciones críticas sobre el estado presente de la cuestión.

Es admitido por muchos de los que se jactan de pensar libremente, y hasta por los pontífices de la moral burguesa, que el matrimonio reclama profundas reformas. Para que los defensores privilegiados del orden actual dejen escapar semejante palabra, preciso es que la institución de que nos ocupamos esté bastante enferma. Por nuestra parte, hace mucho tiempo que declaramos que una forma de asociación que no aporte igualdad absoluta de derechos y de deberes, es un ardid, un instrumento de tiranía en manos del más astuto ó del más fuerte. Bien sea por la carne, por el dinero, ó bien por una superioridad cualquiera, el uno buscará oprimir al otro, y, según la expresión vulgar, será el que lleve la batuta. De modo que hacia cualquier lado que volvámos la cabeza veremos siempre la maldita autoridad, ese monstruo del mal.

A cualquiera que piense libremente le será fácil hacer un informe edificante sobre el funcionamiento del sacrosanto matrimonio, que las leyes civiles y religiosas adornan con las más ridículas solemnidades.

El que tal se proponga, descubrirá que la felicidad en el matrimonio es irrisoria, y que el fin que en él se persigue muy raras veces se alcanza. Verá que el interés (¡siempre el interés!), las conveniencias, á veces respetables, la hipocresía ó por salvar las apariencias, constituyen la mayoría de los matrimonios.

No nos ocupamos del matrimonio burgués, en el que el amor puro, libre de todo convencionalismo, ocupa un lugar muy secundario. Es, además, una mina inagotable hábilmente explotada por los literatos al uso, quienes sirven el adulterio en la novela y en el teatro, de los que sacan hermosas rentas. A la verdad que es divertido observar cómo gusta á la gente verse retratada y denigrada por los autores con quienes se codea.

Pero nosotros, que no nos codeamos con las gentes del gran mundo, consideramos sus matrimonios como un medio de felicidad, como base de la constitución de la familia, que, por sí sola, es el fundamento de la patria, etc... (Véanse las obras de P'rudhomme y consortes sobre la materia.) En teoría, es muy seductor, infinitamente poético, eso de celebrar los encantos del himeneo, las bellezas del apoyo mutuo, la íntima unión de los corazones, las alegrías de la familia, las dulzuras del hogar, y otras ventajas cuya enumeración fatigaría al lector. Pero en la práctica la cosa varía. En general, los futuros cónyuges prepararon su unión representando con arte consumado la farsa del amor, de la sinceridad y del desinterés. Tomaron el embaucamiento de una pasioncilla por el amor verdadero, sin pensar en las decepciones posibles de la fría realidad. Mintieronse mutuamente, engañáronse mutuamente. Remedaron al candidato, haciéndose promesas que estaban decididos á no cumplir. Como lo esencial consiste en hacer el nudo, ya se verá *después*. Este después es el desconocido terrible, lleno de incertidumbres y amenazas; es la floresta encantada donde están las trampas tendidas al lobo...

Son pocos los que se muestran tales como son, los que tienen la franqueza de descubrirse á fin de evitar el error, las desilusiones de los días siguientes, días que nunca acaban... No trataron de saber si la conformidad de gustos y de inclinaciones, la semejanza de rasgos dominantes en el carácter, las aptitudes, la organización fisiológica, cuya importancia es capital; no buscaron, en virtud de la ley de afinidades, reunir los seres semejantes, sino que remacharon la famosa cadena de dos seres que no han nacido para entenderse, y que debían fatalmente odiarse...

Ponen juntas las mas opuestas naturalezas, económicos y pródigos, sobrios y glotones, apacibles y violentos, entusiastas é indiferentes, artistas enamorados de la libertad é individuos cuyos sesos son esclavos de todos los prejuicios. ¡Y á eso le llaman matrimonio! Nosotros preguntamos: ¿Matrimonio de qué? ¿Matrimonio de quién? Cuando palidecen los rayos de la luna de miel, cuando se extinguen los primeros ardores y se acusan estos contrastes, estas oposiciones de caracteres tan distintos, se sabe lo demás. Es la guerra sin tregua, la vida horrible, el infierno espantoso, con todos los desesperos que arrastra sus víctimas á los llamados crímenes pasionales, ó al absurdo suicidio.

Si la pasión no turbara hasta ese punto el conocimiento adulterando el sentido de lo real; si la pérfida y relativa belleza no tendiera tantos lazos á la humana debilidad, es indudable que ningún espíritu elevado se sometería á una convención que enajena toda libertad y que cuenta por millones el número de sus víctimas. Arriesgar la vida

entera al juego del amor, al azar, es pagar caro la posesión ilusoria de un ser que la poesía ha ideado más allá de toda medida. Ilusoria, en efecto, por que ¿qué es la unión de los cuerpos cuando no hay completo acuerdo de inteligencias y perfecta comunión de corazones? Ni más ni menos que relaciones de pura bestialidad. ¡Y qué absurdo el hecho banal de los periódicos relatando á diario la muerte trágica de amantes desgraciados! Si la cuestión del amor no se complicara con tantos prejuicios, como entre otros, la necia castidad, la unión de los sexos, reducida á su libertad natural, no daría más materia á las dolorosas y lloriconas novelas.

No; el matrimonio actual no es ni puede ser el amor. Es una falsificación, una parodia grotesca del amor. No nace el amor, en virtud de este hecho, de observación constante; es casi siempre el dominio, la opresión. ¿Qué efecto, por profundo que lo supongamos, podría sobrevivir á este despotismo, á esta tiranía de todos los instantes? Ser iguales en derechos y deberes, reivindicar una libertad absoluta de pensamiento y de acción basada en la mutua confianza, la conciencia de su dignidad y el respeto de la palabra dada; fundar una estrecha asociación de intereses en la perfecta comunidad de gustos, de inclinaciones y de aptitudes, es lo que el actual matrimonio no realiza en la inmensa mayoría de los casos. Por consiguiente, el *modus vivendi* capaz de preparar el terreno de una inteligencia cordial, capaz de asegurar la paz relativa en la práctica de una amable tolerancia, aún no se ha encontrado, ni hay esperanzas de encontrarlo.

¿Para qué hablar de ese pulpo voraz que arrebatara fuerza, alegría, salud, que bebe vuestra sangre, vacía vuestro cerebro, ennegrece vuestra vida entera; cáncer incurable que os hostiga, os oprime, devora y mata? Hemos nombrado los celos. Sería imposible referir los estragos causados por este mal extraño de imaginación, que no tiene remedio. Demencia y aberración mezcladas. Aquí la humilde voz de la razón calla ante la arrogante pasión. ¿Qué hacer donde el mismo Michelet fracasa? Contra la mentira y la violencia no se discute.

Se habían puesto grandes esperanzas en el divorcio para arrancar las cadenas al matrimonio, á los lazos antes considerados indisolubles. Pero ya se está viendo lo ilusorio de ese famoso paliativo que nada resuelve, que no es una solución. Y esto nos parece verdadero, por cuanto los separados vuelven á las andadas; nada prueba que fracasada la primera experiencia, la segunda sea más dichosa.

Preciso es, pues, buscar algo mejor. Hemos llegado á una conclusión. No necesitamos confesar nuestra incertidumbre. Cuestión tan grave no se resuelve con afirmaciones de doctrina. Debemos hacernos cargo de las contingencias inevitables y guardarnos de lo absoluto. Hay en esto un problema de Psicología infinitamente delicado que nos asusta un poco.

Resulta de nuestro estudio superficial que, lo mismo los llamados casamientos bastardos, que las uniones consagradas por el alcalde ó rociadas con agua bendita, no proporcionan la quietud moral del amor feliz. Hay en ello un error enorme que precisa desvanecer: el hombre y la mujer no se entienden. La total reforma de nuestra educación autoritaria se impone desde la infancia, punto este en que están acordes todos los anarquistas. Claro está que romper decididamente con todo el conjunto de costumbres, de tradiciones, de prejuicios que encierran á los hombres en un círculo de hierro, es tarea ingrata. Pero no se es sinceramente libertario sino á condición de emanciparse de esa tiranía. Y es mucho más meritorio el esfuerzo que á este fin se dirija, que el resultado inmediato y tangible.

Está reconocida la necesidad de una nueva concepción del amor. Basta ya de fetichismo, de idolatría, de novela insípida, de locas pasiones, de cóleras, de violencias, de vida complicada y estúpida. El verdadero amor implica la verdadera bondad. Tratemos de ser simples y buenos. Penetrémonos de la idea de que ni la mujer es un ángel ni nosotros somos unos santitos. Estas entidades pasaron de moda. La frase de Chamfort encierra una observación aguda: «El amor es el contacto de dos epidermis y el acuerdo de dos voluntades». ¿Cómo realizar este acuerdo? Tal es la cuestión. Consultarse, interrogarse, estudiarse con sinceridad, con franqueza: ¿por qué no hacerlo antes de consentir libremente en una unión de la que depende la orientación del destino?

Pero téngase presente: la tendencia libertaria y científica que nosotros queremos no matará la poesía del amor. Para todo ser consciente de su dignidad, el amor quedará en completa libertad, como manantial fecundo de energía creadora y embellecimiento de la vida, hoy llena de fealdades. Será la iniciación del inmenso amor a la humanidad y la marcha segura hacia la fraternidad universal.

SEVERINO.

(De *Les Temps Nouveaux*.)

TRIBUNA DEL OBRERO

La explotación.

Señor director de *El Liberal*.

Muy señor mío: A pesar de reconocer mi incapacidad para tratar asunto tan delicado como el que origina este certamen, acudo al llamamiento que *El Liberal* hace a todos los obreros manuales de España, teniendo el honor de presentar ante esa digna comisión algunas consideraciones surgidas al correr de la pluma; esto demostrará que el obrero estudia y piensa.

Pregunta el tema: «¿Cuál debe ser el trabajo de la mujer y del niño?» La mujer, según mi particular opinión, el mejor trabajo lo tiene en casa. ¿Hay misión más noble que cuidar de la educación y limpieza de sus hijos? Ninguna. Sin embargo, tiene que dedicarse a faenas más rudas, para tener el placer de morir lentamente.

Como por desgracia para la clase obrera, los jornales son tan mezquinos y el trabajo tan mal retribuido, la mujer tiene que ayudar a ganar el pan que come, sirviendo muchas veces su jornal para sostener padres ancianos, hijos huérfanos o esposo inútil.

El trabajo es altamente moral, útil y necesario al hombre; con él se eleva y dignifica; pero es cuando produce lo necesario para sostenerse. ¿Qué mayor tormento que trabajar como el esclavo, con el látigo siempre en alto y morir extenuado o reventado,

sabiendo que cuanto de mérito artístico ó producto de la tierra se debe á su inteligencia y actividad, lo consume y disfruta quien más le desprecia? Encuentro natural odie el trabajo y pierda la razón.

Siendo la mujer tan inteligente como el hombre, y más débil en lo físico, se la explota de una manera infame, sea en la fábrica ó en el taller, convento ó lupanar, cárcel ó asilo; donde se presenta se la explota; es mina que no se agota; por serlo, hasta en lo más sagrado: en la maternidad y en el hogar doméstico á veces.

Dejando los trabajos propios de su sexo y otros en los que por su gusto, paciencia y delicadeza es necesaria, prohibía en absoluto se dedicara á otros.

Prescindiendo de las industrias donde la máquina es movida por vapor ó gas, y expuesta á dejarse un brazo entre los dientes de una rueda, la infeliz que está sentada diez ó doce horas dando al pedal, para ganar siete reales, es digna de compasión. Con tan pequeño salario, bien por su ocupación ó casas donde presta sus servicios, tiene que vestir con decencia y pagar habitación; con el resto tiene para comer berzas ó patatas cocidas. Si á las bestias se les somete á esta alimentación, mueren seguramente en breve plazo. ¡Cuántas noches llegará á casa, y, por no guisar, prefiere el descanso á la cena! Con mucho trabajo, poco alimento, careciendo de abrigo en el invierno y de higiene la habitación, no tarda en ser visitada por la tisis, acompañada de su inseparable la muerte, siendo recibidas con la sonrisa del mártir porque terminan sus padecimientos. La mujer ¡triste es decirlo! está peor mirada que un perro de caza ó un caballo de carrera.

Son tantas las desgraciadas víctimas de la explotación, que no se puede detallar en un artículo; así, pues, nadie extrañará que al ver otras, al parecer más dichosas, se diga mentalmente: ¿Por qué razón van en coche, adornan su cabeza con bonito sombrero, las orejas y cuello con alhajas, y cubren su cuerpo con elegante vestido que mis manos han pulimentado ó confeccionado, y yo carezco de calzado que me preserve de la humedad, cubriendo mi cuerpo una saya que por el color de los remiendos parece un mapa? Sin embargo, no se vende, rechazando con dignidad proposiciones que ofenden su pudor. De pronto, llama su atención un niño con esta palabra: «Mamá, pan.» Entonces lo que despreció la hembra, lo toma la madre; el estómago no razona.

Siendo la mujer lo más hermoso de la creación, con ciertas ocupaciones se deforma horriblemente. En los tejares, por ejemplo, desde el amanecer, se ocupan en la construcción de ladrillos para edificios; completamente descalza coge una artesa llena de barro, muchas veces amasado con sus pies, y con un molde marca dos á la vez; todo el día está en posición molesta como pocas. Esto es capaz de resistirlo sólo el mono; doblado el cuerpo, recibe el sol de estío, pisando la abrasada arena, cortando 2 ó 3.000 ladrillos, igual que el hombre.

Terminada esta penosa faena, á cargar ó descargar el horno, operación peligrosa, de la cual puede quedar inútil. Al verla tostado el rostro y lleno de arrugas y los pies tan grandes, se dice uno: ¿Es esto una mujer?

Próximo adonde trabaja tiene la habitación, una choza de arena de tres metros cuadrados próximamente, sólo capaz para albergar un puerco; en ella viven como bestias los padres con sus hijos. Harta de trabajar y mal alimentada, si está criando es de suponer se nutre el estómago del niño con sangre envenenada; de aquí el raquitismo.

En las minas están expuestas á grandes peligros, apenas sin aire que respirar y sin luz; pueden morir por un desprendimiento de tierra, ahogadas ó destrozadas por la explosión de un barreno ó escape de gas. Hay muchas ocupaciones peligrosas para

ella y hasta vergonzosas. Las obreras del campo están en posición tan molesta como la del tejar; desde el amanecer hasta bien entrada la noche, no regresan al hogar; hartas de trabajar, cenan un gazpacho, y descansa el cuerpo en un mal jergón.

En ciertos lugares de la Mancha ó Castilla, la mujer suple la falta de una caballería; allí, uncida al arado, hace yunta con el cuadrúpedo. De esta manera se labra, abriendo la reja en la tierra ancho surco, del cual brota el trigo en doradas espigas, que, molido, nos proporciona el sabroso pan, que seguramente para ellas es amargo, por estar regado con el sudor de su frente y lágrimas arrancadas por el dolor. Por la escasez en que viven, cuando el niño cumple cinco años, lo dedican al campo para que gane, sin ocuparse para nada de que al lado de casa le espera el apóstol de la verdad, el maestro de escuela, que es adonde debía dirigir los primeros pasos, aprendiendo el camino de la libertad y el progreso, no el de la esclavitud; allí, por medio del estudio, llegaría á adquirir conocimientos beneficiosos, produciendo más con menos molestias. Al niño se le explota de manera tan infame como á la mujer. De aprendizaje no gana nada, siendo el primero en entrar en el taller y el último en salir, expuesto á los mismos peligros que los mayores. Da pena ver niños débiles, de aspecto enfermizo, cargar como borricos, con más peso que el que permite su delicado cuerpo. Siendo cerrajero y carpintero, carga con la espuerta, tablones ó lingotes de hierro; si es vidriero, sube á los tejados, no siendo extraño que al ver la profundidad de la calle, se desvanezca la vista y en la caída se estrelle los sesos contra el arroyo. En temprana edad aprende de otros palabras obscenas, y sufre algunos golpes; así empieza por aborrecer el trabajo, en vez de serle simpático.

Hay que dejarle salir antes que á los adultos, que pueda distraerse en juegos propios de su edad; estimularle para que asista y aprenda en las escuelas de artes y oficios. Teniendo instrucción, tendrá buenos modales, llegando tal vez á ser un buen artista; comprendiendo los sacrificios que por él han hecho los padres y maestros, será estudioso, buen ciudadano y útil á la humanidad.

De esta manera saldría una generación nueva é instruída; sabiendo los deberes y derechos que tiene, podía exigir mayor retribución si lo valía su trabajo, y podía sostener con decoro las atenciones de la casa; no teniendo la mujer necesidad de salir para ganar un jornal, podía convertirla en un paraíso, instruyendo á sus descendientes como á seres racionales que piensan.

Por lo tanto, creo de necesidad se establezca la enseñanza obligatoria para ambos sexos, con todos los adelantos de la pedagogía moderna. Esta es la manera de que desaparezca la prostitución y el crimen. Creando muchas escuelas y cerrando las tabernas, no hacen falta cárceles ni códigos. El cerebro funciona con acierto estando alimentado el individuo. Entonces saldrán artistas que eleven á España á la altura que le pertenece, fraternizarán los hombres y prosperarán los pueblos, desapareciendo la odiosa explotación del hombre por el hombre.

ANDRÉS SOLANA.
Obrero zapatero.

Madrid 19 de Abril de 1900.

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Pozas, 12.